



Homenaje al Dr. Marcos Moshinsky

**Dra. Rosaura Ruiz Gutiérrez
Presidenta de la Academia Mexicana de Ciencias**

El homenaje nacional a Marcos Moshinsky que la UNAM llevaría a cabo el 20 de abril de 2009, celebrando el cumpleaños número 89 de Marcos, se convierte hoy en un sentido homenaje, con el profundo pesar de su ausencia, por la pérdida que para la Universidad, para México y para las ciencias físicas significa su deceso.

En esta ocasión, he preferido recordar a Marcos en sus propias palabras y he elegido un texto, casi inédito, que publicó la Academia Mexicana de Ciencias (AMC) hace 15 años, con motivo de una serie de entrevistas que se publicaron bajo el título de *“Testimonios de los expresidentes de la Academia”*. Aunque el texto data de 1995, la claridad y visión del Dr. Moshinsky se plasman en cada párrafo, y la mayoría de las consideraciones prevalecen y son vigentes al día de hoy.

“Cuando terminé la preparatoria, tuve un problema de salud que nunca me supieron diagnosticar; más bien era un sentimiento de angustia y una sensación de que yo podía morir en cualquier momento. Los médicos recomendaron que no estudiara ese año, al salir de preparatoria, y trabajé durante seis meses como obrero textil en Nueva York, cosa que me enorgullece ante todos los que dicen estar en favor de los obreros y que nunca han tocado una máquina.

Cuando regresé a México, todavía sintiéndome mal, me pregunté por qué iba a estudiar ingeniería química, si lo que realmente me gustaban eran las matemáticas y la física. Entonces, sobre esa base, me enteré de que existía la Facultad de Ciencias y me inscribí en las dos carreras. En ese momento, apenas se había abierto el primer año de esas carreras, porque antes había que cursar los tres primeros años de ingeniería para entrar al tercer año de física o matemáticas. No había primero y segundo; se instalaron hasta 1940, año en el que ingresamos exactamente dos alumnos: una señorita de apellido Barraza y yo. Poco después, a finales de 1941, el doctor Alfredo Baños, entonces director del Instituto de Física me ofreció trabajo. Así, mi antigüedad en la UNAM data del primero de enero de 1942.

A principios de 1946, conocí lo que entonces era un nuevo campo de conocimiento: estuve en contacto con las primeras figuras de la física en el mundo. Sólo después me di cuenta, cuando visité Europa en 1954, que había pasado por el centro de la física teórica del mundo: la Universidad de Princeton. Los físicos se habían vuelto famosos por la bomba atómica; antes del 6 de agosto de 1945, cuando alguien decía "I am a physicist", la gente contestaba "Oh, you are a physician". Nadie sabía lo que era un físico, pero después todo el mundo lo supo y la demanda de físicos se volvió muy alta.

De lo que me había dado cuenta muy claramente en Princeton, fue que la ciencia era la puerta del futuro y, visto ya en perspectiva, eso era evidente: si comparamos el mundo de hoy con el de hace más de cincuenta años, el cambio fundamental ha sido la ciencia. A la vuelta de todos estos años creo que lo que se inició en los años cuarenta ha fructificado. Cuando regresé a México en 1949, pensaba en tres cosas: la primera, mi propia evolución como científico; la segunda, en formar grupos de físicos, y la tercera, que esa actividad redundara en un desarrollo económico visible del país, a lo largo de las líneas que yo ya veía.

(Las crisis recurrentes en México) se ha(n) traducido en cierto desánimo entre la juventud para seguir una carrera científica, lo que a su vez conlleva que haya menos alumnos. Y claro, si no ven perspectivas razonables de empleo futuro, y tomando en cuenta que son carreras que exigen mucho esfuerzo, antes que nada se requiere que de alguna forma el muchacho, en el curso de su educación, se haya emocionado con algún aspecto de la ciencia y que le guste hacerla. En general el problema de la educación, desde la primaria, es uno de los más grandes problemas de México.

Yo no creo que la sociedad mexicana se dé cuenta de que tiene un equipo científico muy pequeño para el país, muy, muy pequeño, quizá diez veces más pequeño de lo necesario, pero que tiene un nivel internacional como se demuestra por el hecho de que publicamos en las mismas revistas en las que publica cualquiera de los grandes, incluyendo los que obtienen premios Nobel. La ciencia, como el arte, es una actividad un poco obsesiva, sobre todo si a uno le están saliendo las cosas. Esto tiene sus oscilaciones; hay momentos en los que se está inspirado y sabe uno que va a llegar a un objetivo, pero se está consciente de que tienen que seguirse una serie de pasos que toman tiempo y esfuerzo, y es más importante para uno hacer eso que cualquier

otra cosa. Pero no creo que suceda con mucha frecuencia el que el investigador se aíste de lo que lo rodea.”

Hasta aquí algunas de sus palabras...

Este texto refleja la pasión del Dr. Moshinsky por la ciencia. Su dedicación, disciplina y talento lo definen como un mexicano ejemplar, orgullo para la UNAM, para la AMC y para México. En marzo de 2009, pocas semanas antes de su fallecimiento, Marcos nos acompañó en la reunión anual de expresidentes de la AMC. Seguramente fue la última vez que vio a muchos de sus colegas y amigos de la Academia. Tuvimos la suerte de contar con él en esa ocasión que resultó de especial importancia, pues iniciábamos los festejos por los 50 años de la Academia.

Muchas gracias.